

## **Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 2, Hebreos 1:1-2:4: La máxima prioridad es prestar atención a la Palabra dicha por el Hijo**

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En el primer segmento de Hebreos, Hebreos capítulo 1:1 al 2, 4, observamos un flujo argumentativo construido con mucho cuidado. Debido a que hay tanto material en estos 18 versículos, es fácil pasar por alto el silogismo básico que subyace a lo que el autor está tratando de lograr en esta introducción, el objetivo retórico al que sirven todos los detalles individuales. En 1, 1 al 4, el autor da una declaración inicial retóricamente impresionante con la que seguramente captará la atención de sus oyentes, uno de los objetivos principales de la introducción de un discurso.

Quienes escuchen esta introducción, llena de florituras retóricas y una estructuración cuidadosa, pueden estar seguros de que van a escuchar a un orador talentoso a lo largo de este sermón de una hora de duración. En el capítulo 1 del 5 al 14, versículos 5 al 14, el autor presenta a continuación una serie de citas del Antiguo Testamento. Esto también contribuye a lograr una escucha atenta, ya que comunica a sus oyentes que van a escuchar a un orador con autoridad, un experto en los oráculos sagrados de Dios y, por lo tanto, alguien que probablemente les abrirá los oráculos de Dios de manera confiable.

En el capítulo 2, versículos 1 al 4, el autor saca explícitamente una conclusión de este argumento inicial, que luego suena como la nota clave para el sermón en su conjunto, ya que llama a los oyentes a seguir prestando atención al mensaje de Cristo que han escuchado y a no desviarse. En esta introducción, encontramos este silogismo esencial: Dios nos habló por medio de un hijo.

Este hijo es mucho más grande que los ángeles. Por lo tanto, es más urgente que prestemos atención al mensaje que se habló a través del hijo que lo que fue para las generaciones anteriores prestar atención al mensaje que Dios entregó a través de los ángeles. En el primer siglo, se creía que los ángeles habían sido fundamentales en la entrega de la ley de Dios, la Torá, a Moisés.

El autor sostiene que el mensaje hablado en el Hijo exige más atención, más obediencia y un compromiso más diligente que incluso la Torá, la ley de Moisés, que requería de aquellos a quienes había sido hablado. Tendremos presente este argumento más amplio que el autor está construyendo a lo largo de 1:1 a 2:4 a medida que avanzamos en un análisis más detallado del pasaje versículo por versículo. En la antítesis inicial del capítulo 1, versículos 1 y 2, escuchamos esta sonora declaración inicial.

En muchas partes y de muchas maneras, Dios habló hace mucho tiempo a nuestros antepasados por medio de los profetas, pero al final de estos días, nos habló por medio de un hijo. En una presentación anterior, exploramos la antítesis que se está creando aquí. Hay tres elementos en el primer versículo que tienen un paralelo en el segundo versículo, y todos son antitéticos entre sí.

Dios habló hace mucho tiempo, no ahora, al final de este período de tiempo. Dios habló a los antepasados. Dios ahora nos habla a nosotros.

Dios habló a través de mensajeros honorables pero inferiores, los profetas. Dios ha hablado más recientemente a través de su hijo. Hay una fuerza retórica en cada uno de estos pares opuestos, como el autor describirá a continuación.

En primer lugar, el Hijo posee mayor dignidad que los profetas. Por lo tanto, lo que se comunica a través del Hijo tiene mayor gravedad y exige mayor atención y obediencia. Lo que se dijo hace mucho tiempo tiene importancia, por supuesto, como oráculos divinos, pero lo que se dice en el tiempo presente es de mayor importancia aún porque fue dicho a esta misma audiencia, lo que aumenta su responsabilidad de responder bien a lo que Dios había dicho.

Un elemento de la oración inicial no tiene una contraparte en la segunda cláusula antitética, a saber, el hecho de que lo que se dijo formalmente se dijo en muchas partes y de muchas maneras. Sin embargo, esto proporciona una pista sobre la hermenéutica del autor, ya que el autor recorre el Antiguo Testamento en busca de las muchas piezas y los medios divinos de la revelación divina esparcidos a lo largo de la historia sagrada de Israel y los reúne de una manera caleidoscópica en una lectura centrada en Cristo de estos oráculos. El resto del capítulo 1, versículos 5 al 13, proporciona un gran floreo inicial en este sentido, extrayendo algunas de estas muchas piezas de revelación de 2 Samuel, los Salmos y Deuteronomio de una manera caleidoscópica para mostrar cómo estas muchas piezas se unen en la única palabra divina enfocada hablada y realizada en Cristo.

El párrafo inicial de Hebreos dice algunas cosas muy interesantes acerca del Hijo y nos da un testimonio cristiano muy temprano de cómo se pensaba en Jesús antes de su encarnación. Sin embargo, como antecedente de este párrafo, necesitamos considerar las tradiciones de sabiduría judía desde Proverbios hasta el período intertestamentario como la materia prima que el autor de Hebreos utiliza cuando piensa en la carrera del Hijo pre-encarnado. Esto comienza con una personificación de la sabiduría como la Dama Sabiduría en Proverbios capítulo 8. La Dama Sabiduría está dando un discurso allí y dice: Cuando Dios estableció los cielos, yo estaba allí.

Cuando trazó un círculo sobre la faz del abismo, cuando afirmó los cielos arriba, cuando estableció las fuentes del abismo, cuando señaló al mar su límite para que las aguas no transgredieran su mandato, cuando trazó los cimientos de la tierra,

entonces yo estaba junto a él como un maestro obrero, y era su deleite todos los días, regocijándome en su presencia siempre, regocijándome en su mundo habitado y deleitándome en la raza humana. En este poema bastante antiguo sobre la sabiduría, encontramos la idea de que Dios tenía un socio en la creación, que había una figura junto a Dios cuando Dios creó los cielos y la tierra. La idea de la sabiduría como socia de Dios en la creación persiste, y luego Proverbios retoma la tradición de la sabiduría judía y la perpetúa.

Vemos este desarrollo, por ejemplo, en el libro conocido como La sabiduría de Salomón, un texto judío compuesto en griego en algún lugar de la diáspora mediterránea en las primeras décadas del siglo I d. C. El autor de este texto también afirma que la sabiduría desempeñó un papel en la creación del cosmos por parte de Dios.

La sabiduría fue la creadora de todas las cosas y estuvo presente con Dios cuando Dios creó el mundo. Se le atribuye a la sabiduría el papel que desempeña en el gobierno y el mantenimiento del orden creado. Ella renueva todas las cosas sin perder su esencia, dice el autor, y ordena bien todas las cosas.

También se hacen afirmaciones sobre la naturaleza y el carácter de la sabiduría, que van más allá de todo lo que encontramos en Proverbios. Por ejemplo, nuevamente en Sabiduría de Salomón 7, leemos que la sabiduría es, cito textualmente, el reflejo de la luz eterna y la imagen de la bondad de Dios. La sabiduría es concebida así como un reflejo del propio carácter de Dios y también como una figura mediadora entre Dios y la creación, no sólo en el acto de la creación en sí, sino en el sostenimiento continuo del orden creado por Dios, de modo que hoy, mañana y el día siguiente dependen de alguna manera del trabajo continuo de la sabiduría junto con Dios.

Además, en la contemplación de la sabiduría de las obras de Dios, se tenía acceso a un reflejo de la bondad y la perfección del Todopoderoso. Tradiciones como éstas se convirtieron en la materia prima de la cristología en la Iglesia primitiva. La Sabiduría, mediadora de Dios, había recibido un rostro definido en la persona de Jesús.

De este modo, los detalles de la vida preencarnada del Hijo como agente de la creación, como poder sustentador y como reflejo de la propia imagen de Dios se completaron mediante el conocimiento cultural judío sobre la sabiduría. El autor sigue sus declaraciones iniciales sobre Dios pronunciando una palabra definitiva en el Hijo con un elogio al Hijo, es decir, unas cuantas líneas alabando, glorificando y ampliando el honor del Hijo. Por un lado, esto sirve directamente al propósito de magnificar la importancia de la palabra que fue pronunciada en un Hijo, ya que el honor del mensajero tiene un impacto en el honor debido al mensaje.

En segundo lugar, sin embargo, también nos da algunas pistas importantes sobre cómo los primeros cristianos pensaban acerca de Cristo. Así, leemos: Dios habló por

medio de un Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por medio de quien creó también los siglos, quien es la imagen exacta de su gloria y la imagen de su ser, llevando todas las cosas por la palabra de su poder. Después de haber efectuado la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en los lugares exaltados.

La primera afirmación que se hace aquí en nombre de un Hijo es que Dios lo designó como heredero de todas las cosas. En la declaración, el autor parece estar recurriendo al lenguaje del Salmo 2, que era uno de los llamados salmos reales junto con, por ejemplo, los Salmos 45, 46 y 110. Estos salmos reales fueron compuestos para celebrar al rey davídico o a cualquiera de los sucesores de David como reyes davídicos.

En los largos siglos que siguieron al fin de la independencia de Judea en el año 586 a. C. con la conquista babilónica de Jerusalén, estos salmos comenzaron a leerse con vistas a una futura restauración de la monarquía. Se convirtieron en salmos mesiánicos. A medida que los judíos continuaban recitando estos salmos, seguían manteniendo viva la esperanza de que un día Dios restauraría el reino a Israel.

Estos salmos mesiánicos son muy importantes para la reflexión cristiana primitiva sobre Jesús, y veremos a lo largo de Hebreos cómo ese autor, en particular, continúa extrayéndolos a medida que desarrolla su comprensión y presenta su comprensión de Jesús. En el Salmo 2, versículo 8, Dios es presentado como el orador, y le dice al monarca davídico: Pídeme, y te daré las naciones como herencia y como posesión tuya los confines de la tierra. Al hablar de Jesús como heredero de todas las cosas, el autor está identificando a Jesús, o al hijo, como aquel a quien se le ha hecho esta promesa, esta promesa mesiánica, y así comparte la expectativa no solo de que el reino de Israel se le dé al hijo, sino de que toda la autoridad sobre la tierra se le dé al hijo.

¿Por qué debería centrarse de esta manera en el estatus del hijo? A lo largo del sermón, encontraremos al autor ampliando lo que afirma en este capítulo inicial. En primer lugar, promete a los oyentes o les recuerda que ellos mismos tendrán una parte en el honor del hijo. Adonde Jesús haya ido, ellos lo seguirán. El honor con el que se ha investido al hijo se extenderá también a los muchos hijos e hijas.

Así, pues, el hecho de centrarse en la condición del hijo por excelencia es también, en parte, un remedio para la desgracia que ha caído sobre muchos hijos e hijas, asegurándoles que el que sus vecinos los avergüencen no es la última palabra sobre su valor, sino que Dios tendrá la última palabra sobre su valor cuando entren en la misma herencia en la que entró Jesús. El autor también utilizará la condición del hijo en sus advertencias a la congregación contra la falta de fidelidad a Jesús. Es decir, cuanto mayor sea la condición de aquel a quien estarían insultando al alejarse de la

asamblea cristiana en aras de la amistad con el mundo, mayor será el peligro de las consecuencias que les sobrevendrían por afrentar a esa persona.

Así, a medida que el autor continúa ampliando el tema del exaltado estatus del hijo, continúa destacando la importancia de responder a este Jesús de manera apropiada en este momento. La segunda afirmación que el autor hace sobre el hijo es que, a través de él, Dios también hizo o creó los siglos. Este es un lugar en particular donde las tradiciones sapiencial alimentan la cristología cristiana primitiva.

Lo que antes se decía acerca de que la sabiduría era socia o agente de Dios en la creación, ahora se dice acerca del Hijo. Es a través del Hijo que Dios creó el mundo. Es el Hijo quien fue el agente en la creación.

Se podría comparar esto con lo que se encuentra en Colosenses en el capítulo inicial, donde Pablo dice que Jesús es el primogénito de toda la creación porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, cosas visibles e invisibles, ya sean tronos o dominios o gobernantes o autoridades, todas las cosas fueron creadas por medio de él y para él. También se podría comparar lo que encontramos en Hebreos con los versículos iniciales del cuarto evangelio, donde leemos que el principio era la palabra, y la palabra estaba con Dios, y la palabra era Dios. Él estaba en el principio con Dios.

Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que fue hecho fue hecho. Así, el autor de Hebreos participa en esta conversación más amplia de los primeros cristianos acerca del hijo como agente de Dios en la creación, donde vemos una tendencia generalizada a utilizar las tradiciones de sabiduría judía para promover la cristología. En esta afirmación acerca del hijo está implícito el conocimiento general acerca de lo que se le debe al Creador.

Quienes han sido creados, quienes han recibido el don de la existencia misma, deben todo a aquel que les dio ese don. Éste es el principio ético básico que no sólo los judíos sino también los gentiles reconocerían de buen grado. El propio Aristóteles diría en su Ética a Nicómaco que, debido al papel de Dios en la creación de los seres humanos, les debemos todo el culto que podamos ofrecerles.

Una tercera afirmación que el autor hace sobre el Hijo es que él es el resplandor o el brillo de la gloria de Dios y la estampa exacta del ser de Dios. Aquí también encontramos tradiciones sapiencialistas, especialmente las que leemos en la Sabiduría de Salomón, que alimentan la cristología cristiana primitiva. El autor de la Sabiduría de Salomón habló de la sabiduría como la imagen de la bondad de Dios, como la representación exacta del carácter de Dios.

Esto se aplica ahora al hijo. Es en Jesús donde se ve más perfectamente la imagen o la impronta del sello de Dios, por así decirlo. Esto también resuena ampliamente en el discurso cristiano primitivo.

Por ejemplo, nuevamente en el Evangelio de Juan, capítulo 14, versículo 9, Jesús dice: Si me habéis visto a mí, habéis visto al Padre. O, como escribió Pablo en Colosenses 1:15, Cristo es la imagen del Dios invisible. Una vez más, nuestro autor comparte una amplia tendencia cristiana de recurrir a las tradiciones sapiencial para hablar sobre el significado de este Jesús como, en efecto, la representación visible del Todopoderoso.

Otra afirmación que se hace en nombre de Cristo es que él soporta todas las cosas con su palabra poderosa. Al soportar todas las cosas, el autor está hablando aquí de sostener todas las cosas, de continuar llevando todas las cosas con su palabra poderosa. Vimos esto reflejado en Sabiduría de Salomón en una afirmación hecha en nombre de la Señora Sabiduría, quien renueva todas las cosas y sostiene todas las cosas con su palabra.

También vemos una afirmación similar en Colosenses 1:17: que todas las cosas están establecidas en él. Todas las cosas se sustentan en Cristo. Así, una vez más, las tradiciones sapiencial informan las primeras convicciones cristianas sobre lo que el Hijo estaba haciendo antes de su encarnación como Jesús.

El autor pasa aquí a un logro importante del Hijo en virtud de su encarnación: la purificación de los pecados. Esto, por cierto, es otra característica del elogio a Jesús en Colosenses 1, donde en el versículo 14 leemos: "... en quien tenemos redención, el perdón de pecados". Es apropiado que las introducciones de los discursos presenten los temas principales que se abordarán en el cuerpo del discurso.

Esto es precisamente lo que hace el autor, ya que la manera y las consecuencias del sacrificio de Jesús, su purificación de los pecados, serán el tema principal de los capítulos centrales de este sermón, es decir, los capítulos 7 a 10. El autor también presenta aquí, de manera bastante sutil, otro recordatorio más de la deuda que los oyentes tienen con tal benefactor. Este Jesús, que como hijo preencarnado fue el creador y sustentador del cosmos, pero como hijo encarnado fue el redentor de cada uno de ellos, quien los trajo de vuelta a Dios a un costo personal tan grande para él.

El autor continúa rápidamente con un recordatorio de dónde se encuentra Jesús en el presente. Después de haber realizado la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en los lugares exaltados. El autor se basa aquí en el lenguaje del Salmo 110, cuyo primer versículo era un texto importante en la iglesia primitiva.

El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Cabe destacar que el Salmo 110 es otro salmo real,

originalmente escrito como un salmo sobre el monarca davídico, incluso dirigido a él. Por lo tanto, se convierte en un importante recurso mesiánico en los siglos posteriores a la desaparición de la monarquía davídica y la independencia de Judea.

Textos como el Salmo 110 proporcionan al autor información sobre la carrera del Hijo después del ministerio terrenal de Jesús, así como las tradiciones sapiencial proporcionan información sobre el período anterior a la encarnación. El recordatorio inicial de la exaltación del Hijo, quien, como Mesías crucificado, también fue el más marginado, deshonrado y afligido, es un tema que desempeñará un papel importante a lo largo de este sermón. Es decir, la vergüenza en este cosmos visible y temporal no es un reflejo del valor de uno en la eternidad.

Y el camino que el Hijo tomó a través de la marginación y la vergüenza es el camino que lo llevó al lugar de mayor honor en el cosmos, en la corte de Dios. Esto ayudará , incluso desde el principio, a recordar a los oyentes que el camino hacia el mayor honor puede ser, de hecho, el camino de soportar la desgracia temporal, el camino que ellos mismos han estado recorriendo desde hace algún tiempo. Y de nuevo, recordar a los oyentes el estatus exaltado del Hijo les recuerda implícitamente las consecuencias para todos los que no han entrado o elegido permanecer en una relación patrón-cliente con este Hijo, consecuencias que el autor hará explícitas al final del capítulo 1 cuando cita el Salmo 110 versículo 1 en su totalidad: " Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies". El autor recuerda así a los oyentes al mismo tiempo el privilegio de estar conectado con una figura tan exaltada, pero también las consecuencias de desconectarse de tal figura, de actuar de tal manera que uno se encuentra enemigo del Hijo en lugar de un miembro leal de la casa del Hijo.

El autor cierra sus declaraciones iniciales sobre la grandeza, el estatus y los logros del Hijo con una declaración sobre el honor relativo del Hijo con respecto a los ángeles. Habla de que el Hijo se ha vuelto mucho más grande que los ángeles, ya que el nombre que ha heredado es más distinguido que el de ellos. Esto naturalmente plantea la pregunta de por qué el autor ha comenzado a centrarse ahora en los ángeles. Si tenemos en cuenta a dónde se dirige el autor, es decir, los capítulos 2:1 al 4, y esa exhortación, sabremos la respuesta a esa pregunta.

El autor establece el mayor honor del Hijo con respecto a los ángeles con el fin de exigir una respuesta aún más comprometida a la palabra hablada por Dios en el Hijo que la respuesta que exige la palabra hablada a través de los ángeles. Necesitamos detenernos un momento y pensar en los ángeles en el judaísmo primitivo para apreciar el contexto de la declaración del autor aquí y las declaraciones que hará a lo largo del resto de este capítulo. Por supuesto, los ángeles son conocidos en todos los textos judíos como parte del séquito celestial de Dios.

Son ministros de Dios, agentes de Dios que transmiten los mensajes de Dios y ejecutan los juicios y castigos de Dios sobre los transgresores. A menudo se los ve interviniendo para proteger a los siervos y clientes de Dios. Los ángeles también aparecen con frecuencia en libros históricos o en libros del período del Segundo Templo, luchando contra los enemigos de Israel como un ejército celestial.

Un papel particular de los ángeles que se desarrolla en el período del segundo templo es su papel como mediadores de las peticiones del pueblo de Dios, mediadores del favor divino, de las respuestas a las oraciones. Los arcángeles están en la misma presencia de Dios. De hecho, a menudo se habla de ellos como los ángeles de la presencia.

Por lo tanto, comienzan a ser vistos como personas bien posicionadas para asegurar el favor de Dios para los clientes de Dios que están más alejados de Él en la esfera terrenal. Cada vez se piensa más que los ángeles dirigen las oraciones de los justos a Dios. Podemos encontrar esto en libros extracanáonicos como Primera de Enoc, Tobías o en el libro del Apocalipsis.

A medida que la morada de Dios en el cielo se va viendo cada vez más como un templo celestial, se empiezan a atribuir funciones sacerdotales a los ángeles. Los ángeles se convierten en sacerdotes y ministros de los atrios del templo celestial, del que el ministerio de Leví y sus descendientes será un reflejo en la tierra. La expresión más llamativa de esto se encuentra en el Testamento de Leví, uno de los testamentos de los doce patriarcas, compuesto probablemente durante el siglo I a.C.

Allí leemos que junto a él, junto a Dios, están los arcángeles que sirven y ofrecen sacrificios propiciatorios al Señor por todos los pecados de ignorancia de los justos. Presentan al Señor un olor agradable, una oblación racional y sin sangre. Esto tiene cierta relevancia para Hebreos.

En el siglo I d. C., los oyentes podían pensar en los ángeles, Moisés y los sacerdotes levíticos como, de alguna manera, mediadores del favor de Dios y garantes de la ayuda divina para el pueblo de Dios. Así, el autor de Hebreos mantiene unidos a los tres al comparar primero a los ángeles, luego a Moisés y luego a los sacerdotes levíticos con Cristo, mostrando que todos los mediadores palidecen en comparación con Jesús, nuestro gran sumo sacerdote. Otro papel importante que se atribuye cada vez más a los ángeles durante el período del templo es el de mediadores de la Torá.

En la carta de Pablo a los Gálatas, por ejemplo, Pablo escribe: ¿Para qué entonces la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones hasta que viniese la descendencia a la que había sido hecha la promesa. Y fue ordenada por medio de ángeles por medio de un mediador. La misma idea se refleja en el libro de los Hechos, en el discurso de Esteban en Hechos capítulo 7. Esteban dice que Moisés fue el que estuvo en la



congregación en el desierto con el ángel que le habló en el Monte Sinaí y con nuestros antepasados, y recibió oráculos vivientes para darnos a nosotros.

Esteban habla nuevamente hacia el final de su sermón, diciendo que ustedes son los que recibieron la ley ordenada por ángeles, y sin embargo no la han guardado. Este contexto también es relevante para Hebreos porque en Hebreos capítulo 2 versículo 2, el autor hablará de la palabra que fue hablada a través de ángeles, con lo que claramente se refiere al pacto mosaico, la ley que fue dada ahora no por Dios directamente, sino por los mediadores y mensajeros de Dios, los ángeles. La afirmación del autor en el capítulo 1, versículo 4 de que el hijo es en tal grado mayor que los ángeles como el nombre que ha heredado es mayor que el de ellos se convierte en el punto de partida para una serie de citas bíblicas en el resto del capítulo 1. A menudo se pasa por alto que estas citas desarrollan una serie de argumentos en apoyo de la afirmación del autor, no que alguien en la audiencia discutiría seriamente la afirmación de que el hijo era mayor que los ángeles.

Debemos leer este capítulo como si el autor estuviera construyendo un terreno común con su audiencia, en lugar de entrar en puntos de disputa con su audiencia. El impacto de todo lo que el autor está diciendo en el capítulo 1 se verá en el capítulo 2, versículo 1, después de su “por tanto”. Esta serie de citas bíblicas se divide en tres bloques de argumentación.

El primero se encuentra en los versículos 5 y 6, el segundo se extiende a través de los versículos 7 al 12, y el tercero en los versículos 13 y 14. En el primer bloque, leemos: ¿A cuál de sus ángeles dijo Dios jamás: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy? Y otra vez: Yo seré para él por padre, y él será para mí por hijo.

El autor cita aquí primero el Salmo 2, versículo 7, y luego 2 Samuel, capítulo 7, versículo 14, ambos textos que están en el corazón de la ideología monárquica davídica. Sin embargo, se han convertido en textos mesiánicos, ya que Israel en su conjunto ha seguido trabajando bajo la dominación gentil, esperando el día en que Dios pueda restaurar la independencia de Judea y una monarquía independiente, preferiblemente de la casa de David. El autor de Hebreos supone que sus oyentes asentarán a leer un texto como el Salmo 2 o 2 Samuel 7:14 de manera mesiánica y particularmente como se habla del hijo, Jesús.

Esta introducción también forma una inclusión clara con el capítulo 1, versículo 13; tanto el versículo 5 como el versículo 13 comienzan con la misma pregunta retórica: ¿A cuál de los ángeles dijo Dios alguna vez? El segundo paso en este argumento implica una variación de Deuteronomio 32, versículo 43. Como escribe el autor, pero cuando nuevamente conduce al primogénito al reino habitado, dice: Y que todos los ángeles de Dios lo adoren. Este texto se conoce por el cántico de Moisés en Deuteronomio 32.

Sin embargo, hay una variación interesante en el texto de Deuteronomio 32 versículo 43. El texto masorético, del que dependen la mayoría de nuestras traducciones inglesas del Antiguo Testamento, no tiene esta cláusula en absoluto: que todos los ángeles de Dios lo adoren. En la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento vigente en el primer siglo, dice: que todos los hijos de Dios lo adoren.

En Hebreos se dice que todos los ángeles de Dios lo adoren. Es posible que nuestro autor haya modificado un poco el texto para que se ajuste mejor a la cosmología que él y sus oyentes afirman. Hablar de múltiples hijos de Dios podría haber tenido sentido en el contexto del Deuteronomio y el antiguo Israel.

Sin embargo, en los períodos del Segundo Templo y del Nuevo Testamento, los autores judíos eran mucho menos propensos a hablar de hijos celestiales de Dios u otros seres potencialmente divinos. Por lo tanto, interpretar esto como ángeles habría tenido mucho más sentido. Pero ¿cuándo tiene lugar este acontecimiento? ¿Cuándo deben los ángeles de Dios adorar al Hijo? Esto nos obliga a pensar un poco más sobre lo que significa la palabra griega oikumene en este contexto.

¿Qué es este reino habitado al que el Hijo es llevado de nuevo? Aquí, es útil mirar hacia adelante al segundo uso de este término en Hebreos capítulo 2 versículo 5, porque allí se especifica que el oikumene es el reino venidero, el oikumene venidero. En este contexto, entonces, el autor no está mirando al reino terrenal, los reinos habitados del mundo material, sino más bien al otro reino, el reino más allá, el reino divino. Este es el reino que está por venir con respecto al autor y sus oyentes, ya que ellos aún no están presentes en ese reino.

Pero desde otro punto de vista, ese reino ya existe más allá de la tierra material y de los cielos visibles. En la traducción de los Salmos de la Septuaginta, se habla de los cielos y de la tierra como algo que puede moverse y moverse. Las palabras griegas ouranoi , cielos, y gei , tierra, se utilizan en este sentido.

Pero la palabra griega oikumene en la traducción griega de los Salmos se describe constantemente como inquebrantable. El autor de Hebreos parece estar tomando como referencia las distinciones que se hacen entre el cielo y la tierra y la oikumene en la traducción griega de los Salmos. El autor de Hebreos habría conectado el reino inquebrantable con el reino divino en oposición al reino creado que está destinado a ser sacudido y removido.

Hebreos 1:6, por tanto, se refiere al regreso de Cristo al reino divino, que abandonó en su encarnación. Su regreso, entonces, es el momento de su glorificación, que incluye el momento de sentarse a la diestra de Dios. Si bien el Hijo poseía un estatus mayor que los ángeles antes de su encarnación, su regreso triunfal fue una ocasión para celebrar nuevamente su exaltación, con ángeles postrándose ante él para

reconocer su honor supremo después de su obediencia hasta la muerte y su provisión para la redención de la humanidad.

El autor comienza un segundo movimiento argumentativo en el curso de las citas bíblicas que empezamos a encontrar en Hebreos 1:7. Como escribe, con respecto a los ángeles, por un lado, Dios dice, el que hace que los espíritus de sus ángeles y sus ministros sean llamas de fuego. Pero con respecto al Hijo, tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos, y la vara de tu reino es la vara de la justicia. Has amado la justicia, y tienes iniquidad.

Por eso tu Dios te ungió con óleo de alegría más que a tus compañeros. El autor encuentra en este salmo real, el Salmo 45, una garantía para afirmar la exaltación del hijo por encima de otros seres celestiales, sus compañeros. El lenguaje de la unción aquí es particularmente apropiado, tanto para el papel y estatus real del Mesías como para su papel y estatus sacerdotal, como el autor desarrollará extensamente a lo largo de su sermón.

No sólo Jesús como rey, sino más aún, Jesús como nuestro sumo sacerdote. El hijo es permanente, permanentemente entronizado, como lo atestigua este texto del salmo. El autor insinúa, por otra parte, que los ángeles son un poco más volubles .

Pueden transformarse en viento o llamas de fuego para cumplir la orden de Dios, pero el hijo es constante, confiable e inmutable. Este contraste se hace aún más evidente en la siguiente cita bíblica.

Tú, Señor, desde el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Estos perecerán, pero tú permaneces. Todos ellos se envejecerán como un vestido, y como un manto los enrollarás; como un vestido serán mudados.

Pero tú eres el mismo, y tus años nunca se acabarán. Este texto, el Salmo 102, es originalmente parte de un salmo en el que se suplica a Dios que lo libere, y en parte contrasta la vida limitada del suplicante con los años infinitos de Dios. Sin embargo, al citar estos versículos, el autor de Hebreos está resaltando la diferencia entre el reino material visible, los cielos y la tierra, y el sol.

El reino material es temporal. Está destinado a la destrucción, como una prenda que se envejece y se cambia, o como un manto que se enrolla. Pero el sol dura para siempre.

Siempre eres el mismo y tus años nunca se acabarán. Esto es relevante para el argumento del autor de dos maneras importantes. Primero, el sol es lo que perdura.

La conexión con el sol es una conexión con lo que importa para la eternidad. Lo que uno pueda ganar o perder en esta creación visible importa durante un tiempo relativamente corto. Esto afectará las decisiones que tome el público en su contexto.

¿Acaso, por el bien de una ganancia a corto plazo, realmente dejarán de aferrarse a aquel que puede concederles ganancias para la eternidad? Esto también es relevante para el argumento del autor de que el carácter inmutable del sol hace que el sol sea sumamente confiable. Esto se manifiesta de manera sutil aquí, pero se manifestará de manera más completa en Hebreos 13 versículo 8. Aquí, sin embargo, cuando el autor dice que somos los mismos, está en el contexto de decir prácticamente lo mismo, que somos constantes. Por ejemplo, Dióncrisóstomo, un estadista y filósofo griego de finales del siglo I y principios del II, escribió un discurso sobre el tema de la desconfianza.

En este discurso, enumera las razones por las que no podemos confiar en otro ser humano. Escribe que, entre comillas, nadie sabe si alguien seguirá siendo como es hasta el día de mañana. Nadie sabe si una persona será la misma mañana que era hoy, y esto erosiona la confianza.

Sin embargo, el autor de Hebreos ya ha comenzado a declarar que el sol es una base segura para confiar en el futuro. Nada de lo que la creación material tiene para ofrecer se le acerca. El tercer movimiento argumentativo que el autor realiza se produce al final del capítulo uno con los dos últimos versículos.

¿A cuál de los ángeles dijo jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Aquí hay una antítesis implícita. Lo que no se le dijo a ningún ángel se le dijo al sol en las primeras interpretaciones cristianas del Salmo 110, que generalmente se leía como un oráculo divino dirigido a Jesús. Ya se recordaba que el Jesús histórico había recitado este versículo como un texto mesiánico, uno que sus oponentes estaban pasando por alto.

En Marcos 12, por ejemplo, encontramos a Jesús sacando el Salmo 110 y preguntando a los escribas: si David llama Señor al Mesías, ¿cómo puede ser el Mesías hijo de David? Este es nuevamente un salmo real sobre la entronización del rey israelita o judío y se ha convertido en un salmo mesiánico sobre el futuro rey, el Mesías. El significado escatológico de este versículo aquí es recordar a los oyentes que el hijo, el Jesús a quien siguen, es el ganador del tiempo del fin. Todos cuyos enemigos estarán sujetos a su gobierno.

De hecho, todos sus enemigos son deshonrados específicamente, puestos debajo de sus pies como estrado de sus pies. El autor mantendrá ese horizonte escatológico claramente a la vista de su audiencia, ya que el horizonte escatológico introduce la crisis con la que quiere que se preocupen principalmente. Mientras sus ojos estén

puestos en las cosas de este mundo, el compromiso con el grupo cristiano puede comenzar a parecer desventajoso.

Sin embargo, con la mirada firmemente puesta en el día del regreso del hijo, estarán más dispuestos a aceptar y seguir el plan del autor para la supervivencia e incluso el éxito, que implica un compromiso continuo con la confesión de la fe y una inversión continua de los unos en los otros y en el testimonio cristiano. El autor cierra este período de argumentación con otra pregunta retórica que se refiere a los ángeles. ¿No son todos ellos espíritus ministradores enviados para servir a los que están a punto de heredar la salvación? La pregunta retórica aquí nuevamente presupone la disposición del público a estar de acuerdo con las declaraciones del autor sobre los ángeles.

Esta es otra señal de que el autor no se está refiriendo aquí a algún tipo de cristología deficiente entre la audiencia o a un hiperentusiasmo por la adoración de los ángeles entre la audiencia. Los ángeles, en esencia, son sirvientes cósmicos, como es inherente al nombre dado a su propia especie: ángeles, angeloi , mensajeros y enviados. Su gloria y condición de seres sobrehumanos son meramente indicadores de la mayor gloria y condición de Jesús, ahora entronizado a la diestra del Altísimo .

Hay una frase en esta pregunta retórica final que merece una consideración más detallada. El autor se refiere a los creyentes como aquellos que están a punto de heredar la salvación. La palabra griega detrás de salvación es la conocida soteria , liberación y salvación.

El autor de Hebreos tiene un marco de referencia muy diferente para pensar en la salvación que muchos cristianos, especialmente los cristianos de hoy. Muchos cristianos de hoy piensan en la salvación como algo que ya se posee, que ya se disfruta. El autor de Hebreos, de manera muy similar al autor de 1 Pedro, habla de la salvación como un bien futuro, como algo que llega con la segunda venida de Cristo o cuando se nos da la bienvenida al reino divino para el cual Cristo nos ha preparado.

Debido al marco de referencia que utiliza el autor aquí y su uso particular de la liberación o salvación para hablar de la liberación final, resulta particularmente problemático introducir la idea de perder la salvación en cualquier discusión sobre la teología de Hebreos. Volveremos a este tema cuando analicemos Hebreos 6:1 al 8 con más detalle. El autor ha adelantado varios de sus objetivos en el capítulo 1, versículos 5 al 14.

Ha aumentado el aprecio del oyente por el honor de Jesús. Ha insinuado las peligrosas consecuencias de no reconocer ese honor. Ha establecido de nuevo el valor temporal de la creación material y visible, de modo que el único terreno firme para la esperanza y la confianza sigue siendo el Hijo y no la recuperación de bienes

materiales o el honor por parte de los oyentes a los ojos de sus vecinos, que también son en la actualidad los enemigos del Hijo.

Los oyentes deberían estar preparados ya para pensar en esta pregunta: ¿Cómo responderé a este Hijo para conservar su favor y no caer en el número de sus enemigos? Esta es precisamente la clase de pregunta que el autor pasa a responder. Con el comienzo del capítulo 2, el autor llega al objetivo argumentativo del capítulo 1. Por eso, por la exaltada grandeza del Hijo, que es tan grande que ha dejado atrás a los ángeles en el polvo, es necesario que prestemos más atención a las cosas que hemos oído, para no desviarnos.

Si la palabra dicha por medio de los ángeles fuese confirmada, y toda transgresión y desobediencia recibiese un registro justo, ¿cómo huiríamos nosotros, si tan grandemente descuidamos la salvación? Por eso, con estas palabras iniciales, el autor identifica explícitamente que está a punto de dar el qué del capítulo anterior, y el peligro que identifica es el peligro de desviarse. Si no prestamos atención al mensaje que hemos escuchado, nos desviaremos del camino seguro. Esto proporciona un matiz ideológico de la acción que los vecinos del cristiano en realidad considerarían positivamente.

Lo que el autor presenta aquí es una deriva que los vecinos no cristianos de los cristianos considerarían como un regreso al camino correcto. En esta advertencia, entonces, el autor crea un argumento de menor a mayor, una forma muy común de argumentación, tanto en la retórica judía como en la grecorromana de la época. El caso menor es la validez del mensaje que fue hablado a través de los ángeles, es decir, la Torá, y la forma en que fue confirmada por Dios y tomada en serio por el pueblo de Dios, de modo que las estipulaciones de la ley se hicieron cumplir ya sea con recompensa o castigo.

El caso más importante ahora es el mensaje que fue hablado por medio del Hijo. Si la Torá, la palabra menor, fue puesta en práctica tan estrictamente, ¿cuánto más estrictamente se hará cumplir la palabra entregada por medio del mensajero mayor, el Hijo? Por lo tanto, el hecho de que en el primer capítulo se haga hincapié en el honor de Cristo, aumenta la severidad del insulto que se le hace a Cristo cuando se descuida su mensaje y su don. Demostrar tal descuido hacia la promesa del evangelio, y por lo tanto afrentar al portador de ese mensaje, pondría a alguien en mayor peligro que aquellos que transgredieron la Torá.

El pastor desea que su audiencia considere que aferrarse al evangelio y vivir con miras a honrar a Dios y a su Hijo son sus principales prioridades. La exaltación de Jesús ha hecho que seguir esta agenda sea cada vez más necesario. Esta exhortación inicial enfatiza la importancia de escuchar y responder a la palabra de Dios, lo cual será un tema central a lo largo de los primeros cuatro capítulos de este sermón.

También suena como la advertencia de los peligros que conlleva descuidar la gran liberación y los beneficios anunciados en el retorno de Cristo en los capítulos 4, 6, 10 y 12. Por lo tanto, Hebreos 2, versículos 1 y 2, suena como una nota clave del sermón. El autor continúa en los capítulos 2, versículos 3 y 4, hablando sobre la confiabilidad del mensaje que la congregación ha recibido.

Fue dicho por medio del Hijo, pero también fue confirmado por quienes presenciaron el ministerio del Hijo encarnado. Y aún más importante, fue confirmado por las acciones sobrenaturales de Dios en medio de ellos. De esta manera, el autor recuerda a los oyentes que el mensaje en torno al cual han reorganizado sus vidas, y por el cual han soportado pérdidas significativas aunque temporales, es un mensaje confiable.

Es una roca sobre la cual construir y no un mito frívolo que se propagó por toda la comunidad. Podríamos repasar, entonces, la fuerza retórica de este segmento inicial de Hebreos 1:1 a 2:4. El orador vuelve a centrar a los oyentes primero en el Hijo, en la persona misma de Jesús. No es que los oyentes estén pensando cosas equivocadas sobre Jesús, sino que posiblemente no estén pensando lo suficiente en Jesús, no estén pensando lo suficiente en Jesús, en los beneficios que ha traído y en las promesas de beneficios que aún están por venir.

También hace que los oyentes se concentren en lo que está en juego en su situación. Hay mucho más que perder que cualquier honor o bien temporal que su compromiso con el movimiento cristiano les haya podido causar. También hace que los oyentes se concentren en el panorama más amplio en términos de espacio y tiempo.

Les recuerda a los oyentes el contexto cosmológico y escatológico de sus vidas en el aquí y ahora. Les recuerda la naturaleza temporal del cielo y de la tierra misma, para recordarles el valor inferior de todo lo que pertenece al reino visible, de modo que puedan sopesar mejor las alternativas en su situación inmediata y para que puedan tomar las decisiones que les resulten ventajosas para la eternidad. Aunque se trata de una densa argumentación de las Escrituras sobre un asunto que podríamos dar por sentado, la superioridad del sol sobre los ángeles, el desafío del autor de Hebreos en esta parte de un sermón se escucha alto y claro.

Él nos preguntaría: ¿Estamos dando al mensaje anunciado a través del sol el lugar que le corresponde en nuestras vidas? ¿Corremos el peligro de descuidar una salvación tan grande? Esta es una pregunta importante que debemos seguir haciéndonos, porque en nuestro contexto es muy fácil hacer de nuestro discipulado el complemento benigno de una vida muy ocupada que, la mayor parte del tiempo, se invierte en asegurar nuestro bienestar temporal. ¿Cuánto de nuestro tiempo, nuestras energías y nuestros recursos invertimos en las cosas de esta vida, en nuestros trabajos, en cosas buenas como proveer para nosotros mismos o para nuestras familias, como redes sociales y conexiones o pasatiempos o

entretenimiento? ¿Y cuánto invertimos en seguir a Jesús, en crecer más cerca de ser como Cristo, en ir a aquellos lugares a los que Jesús quiere que vayamos como sus emisarios, ya sea para servir o para compartir las buenas noticias o, de alguna manera, para extender como sus manos al mundo que nos rodea? Nuestra respuesta a estas preguntas de autoexamen nos mostrará cuáles son nuestras prioridades principales, ya sea nuestra vida cotidiana y nuestro bienestar o nuestro servicio a Dios, nuestra respuesta adecuada a Cristo, nuestra valoración de esa relación y nuestras obligaciones dentro de esa relación por encima de todo lo demás. Otra contribución que hace el autor es recordarnos que en el rostro de Jesús vemos el rostro de Dios.

Descubrimos más de las pasiones y anhelos de Dios en las pasiones y anhelos del hombre Jesús. La cristología no trata, en última instancia, sólo de quién es Jesús, sino también de quién es Dios, qué le importa a Dios y qué espera Dios de nosotros si, de hecho, compartimos la convicción básica del autor de que el Hijo es la impronta exacta del ser de Dios. Al estudiar los Evangelios, en particular, y ver qué le importaba profundamente a Jesús, cómo pasaba su tiempo, con quién pasaba su tiempo, cómo reunía a sus discípulos y les enseñaba a involucrarse en el mundo y cómo no involucrarse en él, estamos aprendiendo más sobre el corazón de Dios, los valores de Dios, la agenda de Dios y, por lo tanto, recibiendo la invitación, de hecho, el privilegio, de alinearnos más cuidadosamente con el corazón de Dios a través de nuestra vida cotidiana.

El autor también nos desafía a percibir continuamente la diferencia entre lo temporal y lo eterno, y a discernir cómo invertirnos, alinearnos y gastarnos sabiamente. Una de las cosas que nos impresiona a medida que envejecemos es la brevedad de la vida y la importancia de cada hora. ¿Matamos el tiempo o lo usamos? ¿Invertimos sabiamente nuestra limitada vida en este mundo para la eternidad o desperdiciamos el yo, las horas y la vida que Dios nos ha dado en pos de aquello que simplemente se evaporará en el gran día del regreso de Cristo, cuando Dios juzgará al mundo? Un corolario de esto es recordar siempre cuál es la roca sólida sobre la que fundamentar nuestras vidas, sobre la que construirlas.

En el recordatorio del autor de que Cristo es eterno, mientras que el mundo y todas sus preocupaciones son efímeras e insulsas, el predicador anticipa el himno, a Cristo y las palabras pronunciadas a través de él como la roca sólida. Todo lo demás es arena movediza.